

Luisa Valenzuela, SIMETRÍAS  
(Plaza y Janés, 1997)

## SIMETRÍAS

De entre tantas y tantas inexplicables muertes ¿por qué destacar estas precisas dos? Se hace la pregunta de vez en cuando, se habla a sí mismo en tercera persona y se dice ¿por qué Héctor Bravo rescata estas dos muertes? No se aplaude por eso, pero conoce parte de la respuesta: porque entre ambas atan dos cabos del mito, cierran un círculo. Lo cual no explica los motivos de su obsesión, su empecinamiento.

Y eso que quisiera olvidar. Cerrarles la puerta a los recuerdos, y sin embargo...

Parece que un coronel levantó la pistola en cada caso.

Las sacamos a pasear. No puede decirse que no somos humanos, y hay tan pocas que nos lo agradecen

Es cierto, en parte. Nos sacan a pasear, nos traen los más bellos asquerosos vestidos, nos llevan a los mejores asquerosos lugares con candelabros de plata a comer delicias. Ascos. No son en absoluto humanos, humanitarios menos. Apenas podemos probar las supuestas delicias, los vestidos

nos oprimen la caja torácica; de todos modos después nos restituyen al horror nos hacen vomitar lo comido nos arrancan los vestidos nos hacen devolverlo todo. Con creces. Sólo que, sólo que. Un mínimo de dignidad logramos mantener en algún rincón del alma y nunca delatamos a los otros.

—No, no son humanos.

Hasta los más nobles sentimientos, se dice Héctor Bravo, pueden transmutarse y perder toda nobleza.

Cuando el amor llega lo ilumina todo.

Permítaseme reír de tan estereotipada frase. Permítaseme reír con ganas porque ya nos van dejando poco lugar para la risa. Sólo lugar para eso que llamaremos amor a falta de mejor palabra.

Palabra que puede llegar a ser la peor de todas: una bala. Así como la palabra bala, algo que penetra y permanece. O no permanece nada, atraviesa. Después de mí el derrumbe. Antes, el disparo.

Las mujeres que están en nuestro poder lo saben. Esta mujer lo sabe, y esa otra y la otra y aquella también. Han perdido sus nombres ahora entre nosotros y saben dejarse atravesar porque nos hemos encargado de ablandarlas. Nos hemos aplicado a conciencia y ellas lo saben.

Ellas saben otras cosas, también, que hasta los generales y los contraalmirantes quisieran conocer y ellas callan. A pesar de los horrores y de las deslumbrantes salidas punitivas, ellas callan y ellos no dejan de admirarlas por eso. Las admira también un civil, Héctor Bravo, que sufre similares padecimientos pero no en carne propia sino en esa interpósita persona llamada obsesión.

La obsesión de Héctor Bravo es elíptica. El otro foco se apoya en otra época, treinta años atrás, 1947. Él piensa que allí radica el comienzo de todo. Las balas eran entonces más mansas, no así las pasiones:

una mujer está en el jardín zoológico de Buenos Aires frente a la jaula del orangután, quizá porque gorila no hay o quizá porque gorila es el enemigo. Se trata, eso sí, de un bello ejemplar de orangután de melena cobriza, todo él una gran melena cobriza, casi roja. Una llamarada tibia. La mujer y el orangután se miran.

Eran tiempos de intercambios más sencillos, bastaba la mirada.

Nosotros las miramos pero ellas no nos ven. Están encapuchadas o les hemos vendado los ojos. Tabicadas, decimos. Las miramos de arriba abajo y también por dentro, les metemos cosas, las perforamos y punzamos y exploramos. Les metemos más cosas, no siempre nuestras, a veces más tremendas que las nuestras. Ellas chillan si es que les queda un hilo de voz. Después nos las llevamos a cenar sin tabique y sin capucha y sin siquiera ese hilo de voz, sin luz en la mirada, cabizbajas.

Les hacemos usar los más bellos vestidos. Los más bellos vestidos.

Les metemos cosas muchas veces más tremendas que las nuestras porque esas cosas son también una prolongación de nosotros mismos y porque ellas son nuestras. Las mujeres.

«Y muchas veces nos traían peluqueros y maquilladores al centro de detención y nos obligaban a ponernos unos vestidos largos, recamados. Queríamos negarnos y no podíamos, como en las demás instancias. Sabíamos muy bien de dónde habían sacado los vestidos —cubiertos de

lentejuelas, sin hombros como para resaltar y hacer brillar nuestras cicatrices—, sabíamos de dónde los habían sacado pero no dónde nos llevarían con los vestidos puestos. Todas peinadas y maquilladas y manicuradas y modificadas, sin poder en absoluto ser nosotras mismas.»

La obsesión de Héctor Bravo, la primera obsesión —si es que estas configuraciones pueden respetar un orden cronológico: la mujer está peinada con un largo rodete coronándole la frente, lo que entonces quizá se llamaba una banana, algo con relleno que le crea una aureola alrededor del cráneo. El resto del pelo lo lleva suelto y es de color oscuro, casi negro. El orangután es digamos pelirrojo y se mantiene erguido en sus cuartos traseros. Los dos se miran fijo. Muy fijo.

¿Cuándo habrá tenido lugar el primer intercambio de miradas, el encuentro?

«Cuando te desvisten la cabeza te visten el cuerpo perdés toda conciencia de vos misma es lo más peligroso ni sabés donde estás parada y eso que paradas lográbamos estar muy pocas veces y eso en el patio helado.»

¡A sentarse! les gritamos igual que a los reclutas, a acostarse con las piernas abiertas, más abiertas, les gritamos y es una excelente idea. Que no mueran de pie como soldados, que revienten panza arriba como cucarachas, como buenas arrastradas, que

(pero soldados son, son más soldados ellas que nosotros.

¿Son ellas más valientes? Ellas saben que van a morir por sus ideas y se mantienen firmes en sus ideas. Nosotras apenas —gozosamente— las matamos a ellas).

Hay un reclamo:

¿quién sopló la palabra gozosamente sin decirla en voz alta? El adverbio exacto sería gloriosamente. Gloriosamente, he dicho. Gloriosamente es como nosotros las matamos, por la gloria y el honor de la patria.

La mujer y el mono configuran a su vez otro cuadro vivo. Apenas vivo porque apenas se mueven. La mujer y el mono se miran a través del tiempo y el espacio. Los separa una fosa. Tantas otras separaciones los aquejan pero poco les importa. Acodada a la baranda que circunda la fosa —o quizá apoyada en forma mucho menos inocente— ella lo mira a él y él la mira a ella.

Cuando ella llega el resto del mundo se acaba para él.

Ese gran animal que saltaba y se colgaba de una rama del árbol seco y hacía cómicas cabriolas más allá de la fosa ya no es más el mismo. Ya no es más animal. La mira a ella con ojos enteramente humanos, enamorados. Y ella lo sabe.

Mirar hay que mirar porque si uno da vuelta la cara, si uno tiene lástima o siente repugnancia, porque si uno tiene lástima o siente repugnancia aquello a lo que estamos abocados deja de ser sublime.

«Es algo demoníaco sabemos cómo se llama ellos no le dan su verdadero nombre lo llaman interrogatorio le dicen escarmiento y nosotras sabemos de los compañeros que han sido dejados como harapos, destrozados de a poco hueso a hueso, que han sido dejados sangrantes macilentos tirados en el piso después de haberles hecho perder toda su forma humana. Nosotras sabemos de las otras, los otros, y de noche oímos sus gritos y esos gritos se nos meten a veces dentro de la cabeza y son sólo nuestro recuerdo de noso-

tras mismas tan pero tan imperecedero y sabemos, cuando con las uñas o el zapato o de alguna otra forma brutal aunque sea dulce nos abren la vulva como una boca abierta en la que meterán de todo pero nunca nunca algo tan terrible y voraz y vivo, tan destrozador e irremediable como les han metido a otras, lo sabemos, porque nos sacarán a pasear, para lucirse con estas presas que somos, en todos los sentidos de la palabra presas».

¿Cómo no se supo antes, cómo nadie habló, cómo nadie las vio en el Mesón del Río, pongamos por caso, o en alguno de los demás restaurantes de categoría donde las llevaban entre una sesión y otra? Esas mujeres quizá bellas, perfectamente engalanadas, sus heridas maquilladas, y mudas, puestas allí para demostrar que los torturadores tienen un poder más absoluto aún e incontestable que el poder de humillación o de castigo.

Fue un experimento compartido y de golpe hubo un militar que perdió el norte.

El mono ladea la cabeza, la mujer ladea la cabeza.

El mono hurga entre su densa pelambre colorada, la mujer apoya los pechos contra la baranda y se pasa suavemente la lengua por los labios. El mono se entrega al desenfreno, la mujer lo mira y mira y mira (1947).

1977. Esta mujer la quiero para mí no me la toquen sólo yo voy a tocarla de ahora en adelante déjenmela en paz, acá estoy yo y me pinto solo para darle guerra de la buena.

Esta mujer es mía ahora le paso la mano por las combas la acaricio suave ella sabe o cree que voy a pegarle nada de eso se me va la mano, la mano la sopapea con el dorso, enfurecida, la mano actúa por su cuenta la acaricia de nuevo

y yo puedo solazarme, entregarme, puedo por fin entregarme a una mujer puedo bajar la guardia arrancarme las jinetas puedo

porque esta mujer es más héroe que todos nosotros juntos

porque esta mujer mató por una causa y nosotros apenas matamos porque sí, porque nos dicen.

Esta mujer es mía y me la quedo y si quiero la salvo y salvarla no quiero, sólo tenerla para mí hasta sus últimas consecuencias. Por ella dejo las condecoraciones y entorchados en la puerta, me desgarró las vestiduras, me desnudo y disuelto, y sólo yo puedo apretarla. Y disolverla.

Héctor Bravo puede superponer las dos historias, las dos mujeres, y a veces siente que se parecen entre sí, que hay afinidades entre ellas. La enamorada del mono y la amada del militar. A veces los amores se le enredan a Héctor Bravo, anacrónicamente, y el orangután ama a la amada del militar, el militar y la mujer del orangután se juntan. Quisiera por momentos imaginarse a la otra pareja posible, cómica por cierto, pero sabe que la obsesión no puede ni debe permitirse el alivio de la risa. Entonces, nada de militar y mono.

Resulta fácil imaginar a la enamorada del mono (quizá a su vez imaginaria, ella) con el militar de treinta años más tarde. Es fácil porque esa mujer tiene de por sí una filiación castrense: un otro coronel, su legítimo esposo. Un marido que no ha aparecido hasta ahora porque hasta ahora las visitas al zoológico parecían inocentes, y el marido es hombre de preocupaciones serias —el destino de la patria, verbigracia— y no puede distraerse en nimiedades conyugales.

Por su parte el coronel de más reciente cuño deja que la conyugalidad se le vaya al carajo. Y también al carajo el

destino de. Su centro, su preocupación del momento es esa mujer que está entre rejas, tirada sobre una mesa de tortura esperándolo siempre con las piernas abiertas. Una amante cautiva.

El mono también está cautivo pero puede permitirse el gozo. El mono se sacude en breves, intensísimos espasmos que la otra mujer, aquella que mantienen extendida sobre la mesa de metal, parecería reproducir al contacto de la picana eléctrica.

La picana aplicada por el militar, claro está, un coronel reducido ahora al universal papel de enamorado.

La mujer en el zoológico le lleva caramelos al mono y otras golosinas que se venden allí para los chicos, no para los animales a los que está prohibido alimentar. Su marido el coronel no puede notar el gasto, es mínimo. Nota eso sí los retornos cada vez más destemplados de su esposa, su mirada perdida cuando él le habla de temas cruciales. Ella parecería estar en la jungla entre animales y no en el coqueto departamento del barrio residencial, escuchándolo a él.

Entre fieras salvajes de verdad está la otra y sin embargo su militar amante ha logrado arrancarle una sonrisa que queda allí planeando, algo angélica porque por suerte o por milagro quienes se entretuvieron anteriormente con ella no jugaron a romperle los dientes.

Desde el otro lado de la pared llegan alaridos y no son de la selva si bien parecerían venir de arcaicos animales heridos en la profundidad de cavernas paleolíticas. Sobre la mesa que es en realidad una alta camilla recubierta de una plancha de metal, sobre el piso rugoso de cemento, contra las paredes encostradas de sangre, él le hace el amor a la mujer. El coronel enamorado y su elegida. Y el olor a sexo se confunde con el otro olor dulzón de quienes pasaron

antes por allí y allí quedaron, para siempre salpicados en piso, techo, paredes y mesa de torturas.

Es importante evitar el olvido, reconoce ahora Héctor Bravo. Hay que recordar esas paredes que han sido demolidas con el firme propósito de borrar el cuerpo del delito, de escatimarle al mundo la memoria del horror para permitir que el horror un día pueda renacer como nuevo. Que el horror no se olvide, ni el olor ni el dolor ni...

Treinta años separan un dolor de otro. También unos pocos kilómetros. La obsesión de Héctor Bravo los combina, ayudada por la recurrencia de un período histórico; otra vuelta de tuerca como un garrote vil.

La mujer del mono regresa a su casa cada día más desgreñada (Héctor Bravo no lo cree, pero parece que los guardianes del zoológico comentan entre risas que el orangután está perdiendo peso). La mujer del centro clandestino de detención en poder de las Fuerzas Armadas está cada día mejor peinada, arregladita. Cosa que la aleja cada día más de sí misma.

La simetría no radica en el pelo de estas dos mujeres. Buscar por otra parte.

Pocos se preocupan (1947) por el mono, menos personas aún se preocupan por la mujer 1977, tan arregladita ella, hierática mujer de músculos un poquito atrofiados, demacrada pero hermosa. Sólo un hombre, en realidad, se preocupa por esa mujer y se preocupa mucho. Demasiado. Ya no se contenta con llevarle vestidos y joyas obtenidos en dudosas requisas policiales. Ahora él, personalmente, vestido de civil, va a las mejores lencerías y casas de moda

de la Capital y le compra ropa. Con propias manos le toma la medida del cuello, oprimiendo un poco, y después se dirige a Antoniazzi a encargarle una gargantilla demasiado ajustada, carísima. Se la brinda como prueba de amor y la obliga a usarla y la gargantilla tiene algo de collar de perro, con argollas de oro azul, una especialidad de la joyería. Con el fino cinturón de piel de víbora a modo de correa podría conducir a la mujer por todo el mundo, pero no son ésas sus aspiraciones. Él pretende que ella lo siga por propia voluntad, que ella lo ame.

Y si para ella el amor alguna vez fue algo muy distinto del sometimiento, ella ya ni se acuerda. O no quiere acordarse. Éstos son tiempos de supervivencia y de silencio: no brindar la menor información, mantenerse ida, distante; apenas sonreír un poco si se puede y tratar de devolver un beso pero nunca abrir la boca para hablar, para delatar. Nunca. El asco debe quedar relegado a una instancia externa a esas paredes.

Las paredes son él porque él la saca del encierro en la cárcel clandestina y, amurada en tapados de piel, camuflada en bellos vestidos, enmascarada tras elaborados maquillajes y peinados, se la lleva al teatro Colón, a cenar a los mejores sitios y nadie nadie la reconoce ni se le acerca en estas incursiones y de todos modos nadie podría acercársele, rodeado como suele estar él de todos sus guardaespaldas.

Ella a su vez no reconoce a nadie ni levanta la vista. Oscuramente sabe que por un solo gesto de su parte, una mirada, condena al otro; y sabe que por un gesto o una mirada él la va a lastimar, después, va a marcarla por debajo de la línea del escote para poder volver a lucirla en otras galas.

Él no lo hace por marcarla ni insiste ya en que ella denuncie a sus compañeros. Sólo busca nuevas excusas para

poder penetrarla un poco más hasta lograr poseerla del todo. Él la ama. Mucho más de lo que el mono puede amar a la otra mujer, mucho más de lo que hombres o animales superiores han amado jamás, piensa él. Y la saca a pasear con mayor asiduidad de la que aconseja la prudencia y hasta espera poder presentársela a su propia esposa y meterla en el lecho conyugal.

Los altos mandos del ejército empiezan a alarmarse.

Héctor Bravo no sabe si la mujer del mono alguna vez quiso o intentó arrancar al mono de su encierro, llevarlo de paseo, meterlo en... Son posibilidades bastante ridículas. Los altos mandos del ejército (1947, tiempos un poco menos sórdidos) empiezan a reírse de los cuernos del coronel que tiene por rival a un mono. Un orangután, ni siquiera un gorila. Y pelirrojo, el simio, para colmo.

¿Dolerá más que los cuernos, la risa de los camaradas de armas?

La mujer del mono está al margen de esas consideraciones y se siente inocente. Ella sólo mira, pero en ese mirar se le va la vida, se le va el alma, se le estira un tentáculo largo largo que alcanza hasta la piel tan sedosa del mono y la acaricia. El mono tiene una expresión humana y a la vez mansa, incontaminada. El mono sabe responder a la mirada de la mujer enloqueciendo de gozo.

El gozo del coronel 1977 es más medido como corresponde a su grado. El gozo es más medido, en apariencia, pero el amor que siente por la mujer tabicada es incommensurable.

Ocurre que la amo, parece que dijo —se le escapó— en cierta oportunidad, y la frase no cayó en oídos sordos. Sus superiores empiezan a fijarse en él y a preocuparse mien-

tras pasean a sus víctimas favoritas por los salones de los grandes hoteles. Empiezan a observarlo, a él que tan sólo observa la línea del cuello de la mujer amada o su torpe manera de llevarse a los labios la copa de champán, con un miedo secreto.

¿Dónde estará el respeto en todo esto? se pregunta de golpe Héctor Bravo como si el respeto fuera moneda corriente.

El mono evidencia una forma de respeto al aceptar distancias sin haber intentado jamás saltar la fosa, sin quejarse.

Hasta que una noche ya encerrado en su jaula se pone a aullar desgarradoramente y el coronel en el cuartel a pocas cuadras del zoológico oye el aullido y sabe que se trata de su rival el simio llamándola a su propia esposa y toma el cinto con la cartuchera y toma el arma reglamentaria y sale del cuartel con paso decidido.

El jardín zoológico está cerrado y el guardián nocturno no oye las órdenes de abrir los portones ni oye los improperios.

Mientras tanto, treinta años más tarde, los altos mandos del ejército lo han enviado al coronel enamorado en misión oficial a Europa. La prisionera que él apaña es una subversiva peligrosa y los hombres de pro no pueden andar involucrándose con elementos enemigos de la patria. Mejor dicho, involucrarse pueden y hasta deben, lo imperdonable es el haber descuidado el deber hasta hundirse —sin quererlo, es cierto— en las fangosas aguas del deseo. Un verdadero desacato. Porque un coronel de la Nación no puede privilegiar a una mujer por encima del mismísimo ejército, por más que se trate de una mujer propiedad del ejército.

Borrón y cuenta nueva es lo que corresponde en estos casos. Y el coronel del '77 está cumpliendo su misión en Europa mientras el coronel del '47 escala las imposibles verjas del zoológico.

Los tiempos se confunden en la obsesión de Héctor Bravo, es decir que en una instancia, al menos, los tiempos son los mismos.

La bala también parece ser la misma.

Y cuando los dos enamorados vuelven al sitio de su deseo, la mujer al zoológico, el coronel de Europa, encuentran sendas celdas vacías. Y los dos encuentran un terror filiforme trepándoles por la espalda y encuentran un odio que habrá de crecerles con los días.

En cuanto al otro par —el mono y la mujer sobre la consabida mesa— como fruto del haber sido tan amados, lo único que encontraron fue la muerte.